



CRÓNICAS DE UN PILOTO A SUELDO



Después de una época de intenso trabajo y con el fin de despejar la mente y distensionar el cuerpo, decidí tomarme unas vacaciones recorriendo Irlanda. Siempre me han apasionado los castillos, de modo que me organicé rutas con el fin de ver los más emblemáticos, así como los lugares que consideré más atractivos en base a diferentes referencias turísticas. Durante dos semanas me recorrí gran parte de la geografía irlandesa: he de decir, en honor a la verdad, que algunos lugares me parecieron excepcionales, sin embargo otros me defraudaron profundamente, pero en general el viaje me estaba resultando más que satisfactorio.

Para cerrar el mismo decidí probar suerte y llamar a mi gran amigo y aventurero Zacarías O'Hara, por si se encontraba en su Dublín natal. Para mi sorpresa, me contestó afirmativamente, aunque me comentó que al día siguiente saldría para Ciudad del Cabo. Por lo visto había quedado para cenar con un piloto amigo suyo, pero aun así me instó a que me uniera a ellos en su casa. Sin pensármelo dos veces acepté encantado.

Cuatro horas después me presenté en su coqueta residencia a las afueras de la urbe. Después de reencontrarme con él y darle un fuerte abrazo, me di cuenta de que había cambiado físicamente: estaba bastante moreno, cosa rara en un tipo tan pálido como él, y además también le vi más fornido de lo habitual. Ambas circunstancias se las hice saber: según me dijo, el tono de piel se debía al desierto australiano, en el cual había pasado los últimos cuatro meses; y en cuanto al fortalecimiento físico, lo había conseguido a través

de un exhaustivo entrenamiento que estaba llevando a cabo por mero capricho personal.

Acto seguido, pasó a presentarme a su amigo, un piloto centroeuropeo de nombre Ákos. Contrastaba mucho su carácter retraído si lo comparáramos con el mío y con el de Zacarías, sin embargo parecía un tipo muy afable. No hablaba de más, pero cuando le preguntábamos algo contestaba de forma directa; curiosamente a pesar de su discreción poco a poco se fue convirtiendo en el foco central de la velada. Por lo visto conocía a mi amigo porque fue piloto suyo en varias expediciones: según me dio a entender Zacarías, no rehuía el peligro y además cumplía profesionalmente con todo aquello que se le encargaba.

Mi amigo irlandés, conmigo como testigo, le reclamó para que le llevara a finales de año al Ártico, ya que debía cubrir un reportaje para una prestigiosa revista. Ákos educadamente rehusó el ofrecimiento, puesto que le hizo saber que tenía trabajo durante una buena temporada. Metiéndome de por medio en la conversación quise saber de qué trabajo se trataba, entonces nos relató que llevaba un tiempo haciendo una sencilla labor que consistía simplemente en volar durante unas horas al día de un punto a otro que le marcaban; eso sí, bromeó diciendo que parecía más un conductor de autobús que un piloto.

O'Hara indagó más en el asunto, entonces el piloto le res-

pondió que únicamente había de seguir una ruta y los aviones se encargaban de disipar los aerosoles por sí solos en base a una programación prediseñada a través de coordenadas. Quisimos saber a qué se refería con eso de los aerosoles, entonces nos relató que fumigaba la atmósfera vertiendo metales pesados tales como yoduro de plata, aluminio, cadmio o estroncio entre otros. Todas estas sustancias eran repartidas por medio de estelas químicas que dejaban un rastro parecido al de las estelas de condensación, pero que evidentemente nada tenían que ver con éstas, ya que las primeras son inofensivas y tan solo son visibles en el cielo unos cuantos segundos, mientras que las otras perduran en el tiempo incluso desaparecido el avión. Por lo visto lo que se consigue con esto es disipar las nubes naturales para impedir que llueva a la vez que aumenta la temperatura. De esa manera se crean sequías prolongadas que atormentan a la población haciéndola pasar penurias, pero por el contrario es un negocio redondo para quien genera este desastre debido a que tiene a poblaciones enteras a su merced.

Según nos dijo, existen repartidas por el mundo múltiples patentes de modificación climática que prestan sus servicios como cualquier otra empresa: pueden actuar mediante ionización negativa de la atmósfera (creando lluvias) o bien mediante ionización positiva (generando escasez de lluvia).

HISTORIAS INCREÍBLES es una sección literaria: los textos publicados en ella son pura ficción, y por lo tanto cualquier posible parecido con la realidad es mera coincidencia.



Y el Oscar debió ser para Maqua

Hace pocos meses, la revista *Sight & Sound* sacó su esperada lista de las mejores películas, saliendo elegida *Jeanne Dielman, 23 Quai du Commerce, 1080 Bruxelles* (1975), de Chantal Akerman. Esto puede suscitar algunas dudas, pero parece haber dado vía libre para que ya la Academia de Hollywood —que raras veces premia lo mejor— haga un giro para jugar a llamar la atención —más aún— con sus galardones. Pueden servir de ejemplo muchas de las laureadas, no solo la triunfadora de la última edición.

Los ecos de la academia han traído a mi cabeza el asunto de aquel Oscar que ganó Amenábar por una

sobrealo radísima *Mar adentro* (2004). ¿Cómo se gestó tal película? ¿De dónde viene? Remontémonos hasta el día del estreno. Curiosamente, esa semana, la del estreno, la FORTA había emitido un lunes a las 0:00, una hora genial si hay que madrugar, la notable película que finalmente dirigió Roberto Bodegas, *Condenado a vivir* (2001). Me dejó impactado el guion. El mismo estaba escrito por Javier Maqua. En un principio, iba a haber dirigido también el propio Maqua, pero su corazón le pidió una tregua. ¿Cómo había logrado condensar de un modo tan ágil toda aquella problemática? ¿Por qué no había visto antes esa película? Toda esa propuesta continuó en mis adentros y fui, con cierta curiosidad, al rimbombante estreno de Amenábar.

Tras el visionado salí escandalizado de la sala. ¿Qué era eso que acababa de ver? ¿Un *remake* del texto de Maqua? Vergüenza ajena. Investigué en el apartado de la crítica y pude constatar que no se hacía mención por ningún lado de la película de Bodegas.

'Una pena que ese día, en Los Ángeles, no estuviesen ni Maqua ni Bodegas'



Me pareció una desfachatez a todas luces. Parecía que se quería ensombrecer un título anterior. Esto no es sorprendente si es el dinero el que entra en juego, y la película de Amenábar tenía y mucho.

Me hacía gracia que los defensores de *Mar adentro* me atacasen de un modo un tanto ridículo con argumentos absurdos y, a su vez, aunque no fuesen conscientes, se daban la respuesta: Sampedro no pertenecía a Maqua, era una figura conocida.

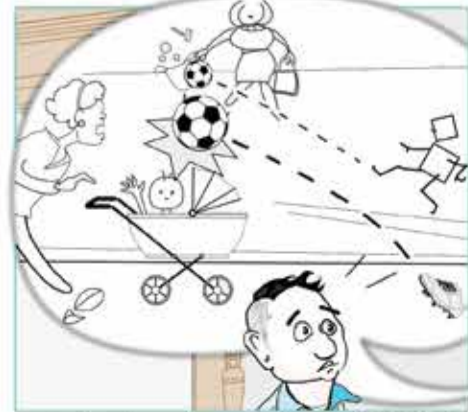
Ramón Sampedro... ¿Cuántos Ramón Sampedro existían? Realmente, salvo las acrobacias infundadas de director que tenía *Mar adentro*, trataba de las mismas cuestiones que el texto de Maqua. ¿Casualidad? Absolutamente imposible. Se podrían desentrañar esas "coincidencias", pero llevaría muchas páginas.

En la actualidad estoy dirigiendo un documental sobre Javier Maqua, que lleva el mismo título del presente artículo, y en el que desgranamos su obra literaria, teatral y cinematográfica. Esta cuestión la diseccionamos con calma, y en ella se ven confesiones en los pasillos, reconocimientos y demás mezcuidaditas. Maqua es una persona de talento infinito y de bondad que va mucho más allá de lo que merece la industria de plagio que puede llegar a ser el cine.

En aquella ceremonia en la que hubo abrazos, sonrisas, brindis y demás fanfarria no se escuchó el nombre de Javier

Maqua, tampoco el de Roberto Bodegas. Una pena que ese día, en Los Ángeles, no estuviesen ni Maqua ni Bodegas, pero es lo que toca: la triste realidad de un circuito que promueve lo deshonesto y ningunea al creador; y sí, el Oscar debió ser para Maqua.

La vis cómica



* terror: miedo muy intenso; por antonomasia; método expeditivo de represión revolucionaria o contrarrevolucionaria. / ** de la serie "Instruir deleitando".